H. P. LOVECRAFT



BESTIARIO

Ilustraciones
ENRIQUE ALCATENA



«Había seres híbridos y torpes que sólo podía concebir la fantasía, modelados con habilidad diabólica, y coloreados de un modo horriblemente afín a la vida. Algunos eran las figuras de mitos bien conocidos: gorgonas, quimeras, dragones, cíclopes y todos sus congéneres estremecedores. Otros procedían de tiempos susurrados furtivamente desde leyendas subterráneas: el negro e informe Tsathoggua, el multitentacular Cthulhu, el proboscidio Chaugnar Faugn y otras blasfemias insinuadas en libros prohibidos como el *Necronomicón*».

Veintidos criaturas nos conducen al mundo perturbador del gran maestro de la narrativa fantástica.

Las imágenes de Enrique Alcatena nos revelan los seres más inquietantes del universo de H. P. Lovecraft en un descenso magistral hacia los abismos del terror.



H. P. Lovecraft

Bestiario

Ilustraciones de Enrique Alcatena

ePub r1.0

Sobre bestias yagujerillos 23.04.15

Título original: *Bestiario*
H. P. Lovecraft, 2008
Traducción: Elvio E. Gandolfo
Ilustraciones: Enrique Alcatena
Los textos de H. P. Lovecraft que integran este libro han sido seleccionados de las siguientes obras: *At the Mountains of Madness*, *Dagon*, *Fungi from Yuggoth*, *The Call of Cthulhu*, *The Dream Quest of Unknown Kadath*, *The Dunwich Horror*, *The Shadow Out of Time*, *The Shadow Over Innsmouth*, *The Whisperer in Darkness*, *Pickman's Model* y *The Horror in the Museum*; ésta última escrita en colaboración con Hazel Heald

Editor digital: Sobre bestias y agujerillos
ePub base r1.2







ANIVERSARIO

EPUBLIBRE

"Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe…
Sólo la cultura da libertad.

No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura."

EDICIÓN CONMEMORATIVA





H. P. Lovecraft

Bestiario



H. P. Lovecraft

Bestiario



Ilustraciones

Enrique Alcatena

• • •

Traducción

Elvio E. Gandolfo

⚹


KITZ



ÍNDICE

BIOGRAFÍAS

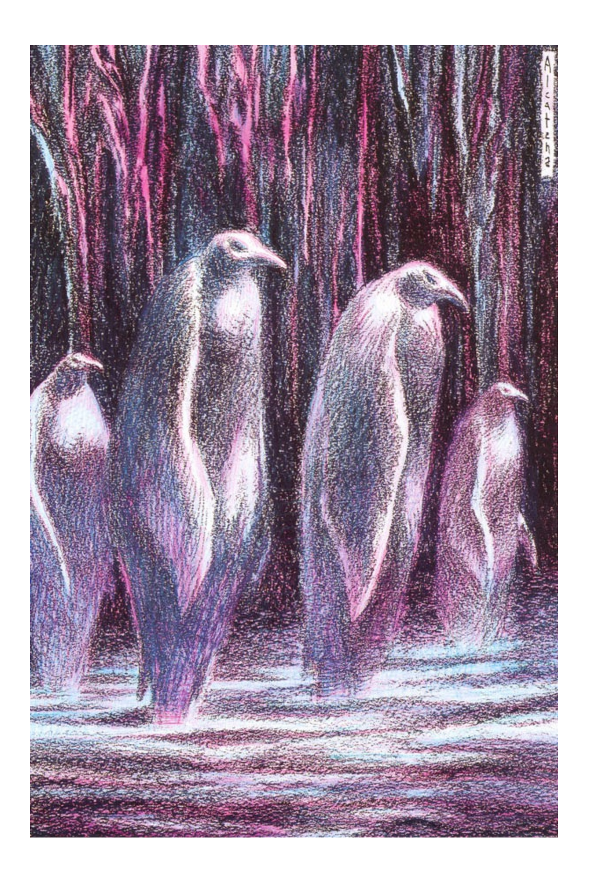

Alcatena



Hastur

Me encontré ante nombres y términos que había oído en otras partes en las más odiosas relaciones: Yuggoth, el Gran Cthulhu, Tsathoggua, Yog-Sothoth, R'lyeh, Nyarlathotep, Azathoth, Hastur, Yian, Leng, el Lago de Hali, Bethmoora, L'mur-Kathulos, el Signo Amarillo, Bran, y el Mágnum Innominandum… y fui llevado a través de eones innombrables y dimensiones inconcebibles hasta mundos más antiguos y remotos que los que el enloquecido autor del *Necronomicón* había apenas muy vagamente vislumbrado. Se me habló acerca de los abismos de la vida primigenia así como de las corrientes que habían fluido desde allí, y por último, acerca de los más ínfimos arroyos derivados de aquellas corrientes y que habían llegado a mezclarse con los destinos de nuestra propia Tierra.

El que susurra en la oscuridad
1930


Alcatena



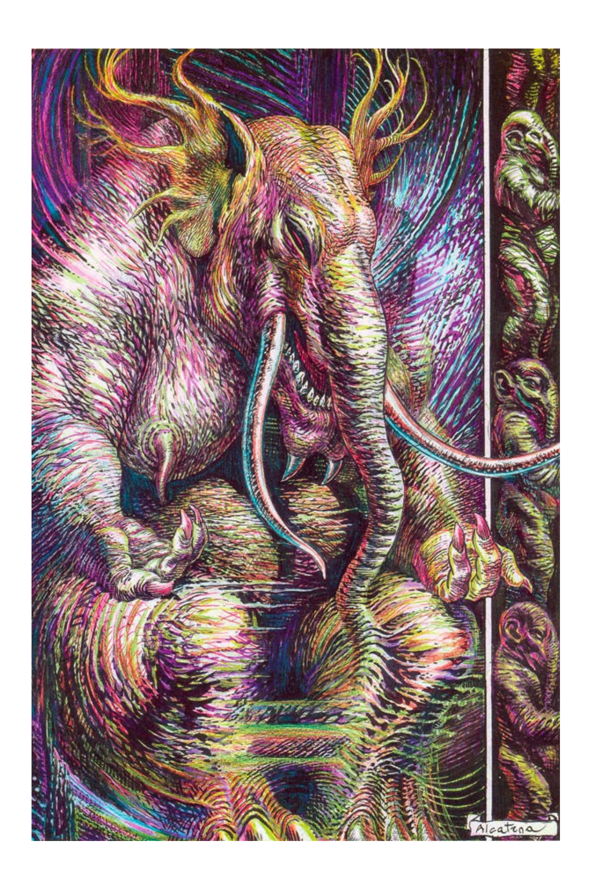
Pingüinos de Leng

La verdad es que por un instante nos atenazó un temor ancestral casi más agudo que el peor de nuestros temores razonados con respecto a aquellos seres. Después llegó un destello de decepción, cuando la forma blanca se desplazó silenciosa hasta un arco lateral sobre nuestra izquierda para unirse a otros dos semejantes que lo habían llamado con voces roncas. Porque era sólo un pingüino, aunque de una especie enorme y desconocida, mayor que el mayor de los pingüinos emperador conocidos, y monstruoso por la combinación de su albinismo con la carencia casi total de ojos.

Cuando hubimos seguido al ave hasta el arco y giramos nuestras antorchas sobre el indiferente y distraído grupo de tres, vimos que todos eran albinos y carecían de ojos, y eran de la misma especie desconocida y gigantesca. Su tamaño nos recordó a algunos de los

pingüinos arcaicos de las tallas de los Grandes Antiguos, y no nos llevó mucho tiempo concluir que descendían de antepasados comunes, y que sin duda habían sobrevivido por haberse retirado a alguna región más templada, cuya oscuridad perpetua había destruido su pigmentación y les había atrofiado los ojos hasta convertirlos en rendijas inútiles.

En las montañas de la locura
1931

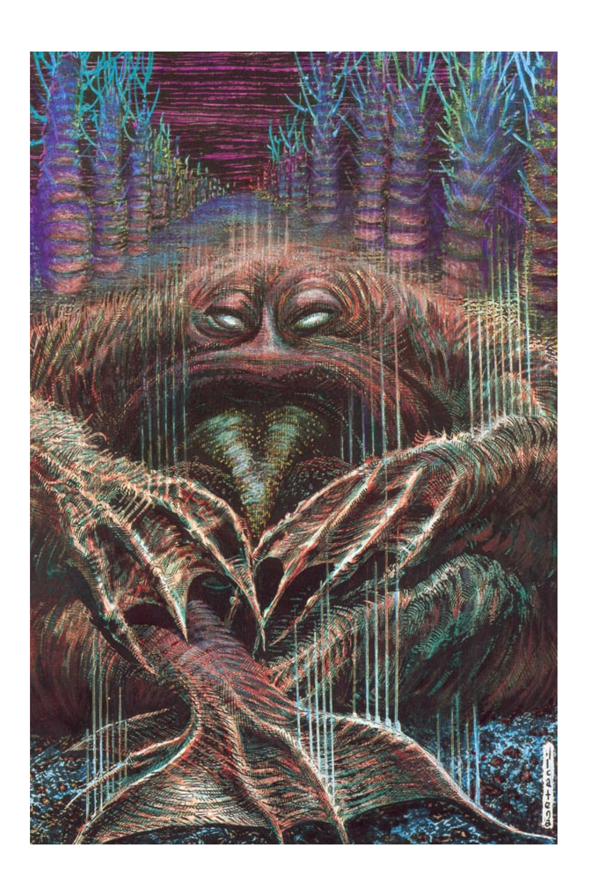

Alcatena



Chaugnar Faugn

Era éste el recinto que había fascinado tanto a Jones. Había en su interior seres híbridos y torpes que sólo podía concebir la fantasía, modelados con habilidad diabólica, y coloreados de un modo horriblemente afín a la vida. Algunos eran las figuras de mitos bien conocidos: gorgonas, quimeras, dragones, cíclopes y todos sus congéneres estremecedores. Otros procedían de tiempos susurrados furtivamente desde leyendas subterráneas: el negro e informe Tsathoggua, el multitentacular Cthulhu, el proboscidio Chaugnar Faugn y otras blasfemias insinuadas en libros prohibidos como el *Necronomicón*, el *Libro de Eibon* o los *Unaussprechlichen Kulten* de von Junzt. Pero los peores eran aquellos del todo originales para Rogers, y adoptaban formas que ningún relato antiguo se había atrevido nunca a sugerir.

El horror en el museo
1932


Alcatena



Tsathoggua

Hay ciudades poderosas en Yuggoth: grandes hileras de torres con terrazas de piedra negra como la muestra que traté de enviarle. Provenía de Yuggoth. Allí el sol no brilla más que una estrella, pero los seres no necesitan luz. Tienen otros sentidos más sutiles, y no ponen ventanas en sus grandes casas y templos. La luz incluso los daña, los molesta y los confunde, pero no existe en absoluto en el cosmos negro fuera del tiempo y el espacio del que son originarios. Visitar Yuggoth volvería loco a cualquier hombre débil; sin embargo, me dirijo allí. Los ríos negros de brea que fluyen sobre aquellos misteriosos puentes ciclópeos —construidos por alguna raza anterior ya extinta y olvidada antes de que los seres actuales llegaran a Yuggoth desde los vacíos finales— tendrían que bastar para hacer de cualquier hombre un Dante o un Poe sólo con que pudiera mantenerse cuerdo el tiempo suficiente para contar lo que ha visto.

Pero recuerde: ese mundo oscuro de jardines fungiformes y ciudades sin ventanas no es realmente terrible. Sólo a nosotros nos lo parecería. Probablemente este mundo les pareciera igual de terrible a esos seres cuando lo exploraron por primera vez en la época

primigenia. Como usted sabe, estaban aquí mucho antes de que terminara la fabulosa época de Cthulhu, y lo recuerdan todo sobre la sumergida R'lyeh cuando estaba encima de las aguas. También han estado dentro de la tierra; hay aberturas que los hombres ignoran por completo, algunas en las propias colinas de Vermont. Y hay mundos enteros de vida desconocida allá abajo: el azulado K'n-yan, el rojizo Yoth, y el negro N'kai, carente de luz. Es de N'kai de donde proviene el terrible Tsathoggua; usted lo recuerda: la criatura-dios amorfa, parecida a un batracio, mencionada en los *Manuscritos Pnakóticos*, el *Necronomicón* y el ciclo mítico de Commoriom preservado por el sumo sacerdote de los atlantes Klarkash-Ton.

El que susurra en la oscuridad
1930



Gules

La demencia y la monstruosidad habitaban las figuras del primer plano, ya que en el arte mórbido de Pick-man predominaba el retrato demoníaco. Aquellas figuras rara vez eran del todo humanas, aunque a menudo se acercaban a lo humano en distinto grado. La mayoría de los cuerpos, aunque eran más o menos bípedos, tenían cierta inclinación hacia delante, y un aire vagamente canino. La textura de la mayoría era gomosa al tacto. ¡Uf, casi puedo verlos!... Sus ocupaciones... Bueno, no me pidan que sea demasiado preciso. Por lo común estaban alimentándose, no diré de qué. Aveces se los mostraba agrupados en cementerios o pasadizos subterráneos, y a menudo parecían pelear por su presa, o más bien, por el tesoro descubierto. ¡Y qué condenada expresividad le daba a veces Pickman a los rostros ciegos de ese botín de osario! De vez en cuando mostraba a aquellos seres saltando en la noche a través de ventanas abiertas, o agachados sobre el pecho de algún durmiente, concentrados en sus gargantas. Una tela mostraba a un grupo aullando alrededor de una bruja ahorcada en Gallows Hill, cuyo rostro muerto se parecía mucho al de ellos mismos.

Pero no creas que fue todo este asunto horroroso del tema y el entorno lo que me hizo perder el sentido. No soy un niño de tres años, y ya había visto cosas semejantes. ¡Eran los rostros, Eliot, aquellos rostros malditos que miraban lascivos y babeaban como salidos de la tela, como si tuvieran el hálito de la vida misma! Aquel brujo había caminado entre los fuegos del infierno con sus pigmentos, y su pincel había sido una varita engendradora de pesadillas. ¡Alcánzame la garrafa, Eliot!


AlcaTena

Había algo llamado «La lección». ¡Que el cielo se apiade de mí por haber llegado a verlo! Escucha… ¿puedes imaginar un círculo de indescriptibles seres de aspecto canino en una iglesia, enseñándole a un niño a alimentarse igual que ellos? Es el precio que tienen que pagar los niños cambiados al nacer, supongo: ya conoces el antiguo mito acerca de cómo la gente extraña deja a sus crías en las cunas a cambio de los bebés humanos que roban. Pickman estaba mostrando lo que les ocurre a esos bebés robados, cómo crecen… y entonces empecé a ver una afinidad espantosa entre los rostros humanos y los no humanos. En toda su gradación de morbidez entre lo francamente no humano y lo degradadamente humano, Pickman estaba estableciendo un sardónico vínculo evolutivo. ¡Los seres caninos provenían de los mortales!

El modelo de Pickman
1926


Alcatena



Gugos

Comenzó entonces un ascenso interminable en la oscuridad más compacta: era casi imposible subir debido al tamaño monstruoso de los escalones, que habían sido tallados por los gugos, y por lo tanto medían más o menos un metro de altura. En cuanto a su número, Carter no pudo hacerse una idea aproximada, porque no tardó en sentirse tan cansado que los gules, incansables y elásticos, se vieron obligados a ayudarlo. Alo largo del ascenso sin fin acechaba el peligro de ser descubierto y perseguido.

Los oídos de los gugos son tan agudos que los pies descalzos y las manos desnudas de quienes trepaban podían oírse con facilidad al despertar la ciudad, y desde luego los gigantes de grandes zancadas, acostumbrados a ver sin luz gracias a sus cacerías de espectrales en las bóvedas de Zin, no tardarían en dar alcance a aquella presa menor y más lenta sobre los escalones ciclópeos. Era muy deprimente pensar que los silenciosos gugos no serían oídos en absoluto en plena persecución, sino que caerían de pronto y aterradoramente en la oscuridad sobre quienes trepaban.

En busca de la ciudad del sol poniente
1926-1927


Alcatena



Dagon

Sin embargo, fueron los relieves pictóricos, lo que más me fascinó. Bien visibles a través de la masa de agua intermedia debido a su enorme tamaño, había un conjunto de bajorrelieves cuya temática habría despertado la envidia de Doré; creo que se suponía que aquellos seres representaban hombres… o, al menos, cierto tipo de hombres; aunque se los mostraba retozando como peces en las aguas de una gruta submarina, o rindiendo homenaje a cierto altar monolítico que también parecía estar bajo las olas. No me atrevo a hablar en detalle de sus rostros y formas, pues el mero recuerdo me provoca mareos. Grotescos más allá de la imaginación de Poe o Bulwer, resultaban en términos generales condenadamente humanos a pesar de las manos y pies palmeados, los labios terriblemente gruesos y blandos, los ojos saltones y vidriosos, y otros rasgos aún menos agradables de recordar. Curiosamente parecían haber sido cincelados sin guardar proporción, con el entorno oceánico; y así, una de las criaturas mostrada en el acto de matar a una ballena era representada apenas algo mayor que ella. Gomo digo, tomé nota de su aspecto grotesco y del extraño tamaño; pero no tardé

ni un instante en decidir que no eran más que los dioses imaginarios de alguna tribu primitiva dedicada a la pesca o la vida marítima, alguna tribu cuyo último descendiente había muerto antes de que nacieran los primeros antepasados de los hombres de Piltdown o de Neanderthal. Espantado ante ese atisbo inesperado de un pasado que estaba más allá de la imaginación del más audaz antropólogo, me quedé meditando mientras la luna proyectaba extraños reflejos sobre el silencioso canal que tenía a mis pies.

Entonces, de pronto, lo vi. Con apenas un leve chapoteo que indicaba su llegada a la superficie, el ser se hizo visible sobre las aguas oscuras. Gigantesco y espantoso como Polifemo, se precipitó como un tremebundo monstruo de pesadilla hacia el monolito, que rodeó con sus descomunales brazos escamosos, mientras abatía la horrenda cabeza para emitir un sonido pausado. Creo que en ese momento enloquecí.

Sobre mi ascenso frenético de la pendiente y el acantilado, y mi regreso delirante al bote encallado, es poco lo que recuerdo. Creo que canté a voz en cuello, y que reí de un modo extraño cuando ya no pude cantar. Tengo recuerdos confusos acerca de una gran tormenta que estalló poco después de llegar al bote; en todo caso, sé que oí el retumbar de los truenos y de otros sonidos que la Naturaleza sólo emite en sus estados de ánimo más salvajes.

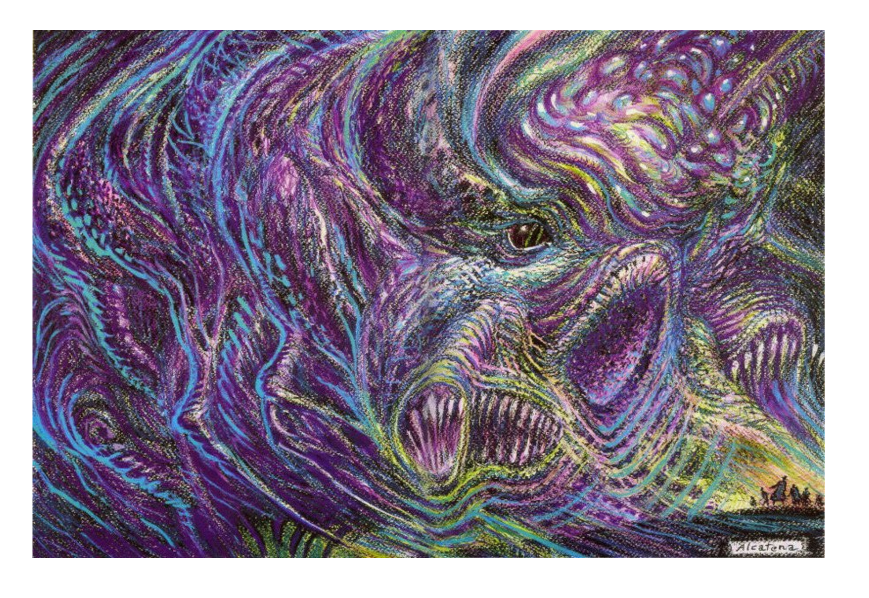
Dagon
1937



Yog-Sothoth

Tampoco hay que creer —decía el texto que Armitage traducía mentalmente— que el hombre es el más antiguo o el último de los amos de la tierra, o que esa combinación de vida y sustancia discurre sola por el universo. Los Grandes Antiguos eran, los Grandes Antiguos son, y los Grandes Antiguos serán. No conocemos nada del espacio sino por intermedio de ellos. Caminan serenos y primordiales, sin dimensiones y resultan invisibles para nosotros. Yog-Sothoth conoce la puerta. Yog-Sothoth es la puerta. Yog-Sothoth es la llave y el guardián de la puerta. Pasado, presente y futuro, todo es uno en Yog-Sothoth. Él sabe por dónde entraron los Grandes Antiguos en el pasado, y por dónde volverán a irrumpir otra vez. Sabe dónde Ellos han hollado los campos de la Tierra, dónde los siguen hollando, y por qué nadie puede contemplarlos mientras lo hacen. Aveces el hombre puede saber que están cerca por Su olor, pero ningún hombre puede conocer Su semblante, salvo en los rasgos de los hombres engendrados por Ellos, y los hay de muchos tipos, distinguiéndose en apariencia de la auténtica forma humana hasta la forma sin imagen ni sustancia que es la de Ellos. Caminan invisibles y hediondos en

lugares solitarios donde las Palabras han sido pronunciadas y los Ritos han sido aullados en las Estaciones apropiadas.


Alcatena

El viento gime con Sus voces, y la tierra murmura con Su voluntad. Abaten los bosques y destruyen ciudades, aunque ningún bosque o ciudad advierte la mano que los aniquila. Kadath, en el páramo helado, los ha conocido; pero ¿qué hombre conoce a Kadath? El desierto helado del Sur y las islas sumergidas del océano conservan piedras donde puede verse Su sello, pero ¿quién ha visto la helada ciudad hundida o la torre sellada engalanada con algas y percebes? El Gran Cthulhu es Su primo, aunque apenas puede entreverlos débilmente. ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! Por su olor inmundo Los conoceréis. Su mano está en vuestras gargantas, aunque no Los veáis, y Su morada se encuentra en el umbral que custodiáis. Yog-Sothoth es la llave que abre la puerta, el lugar donde se reúnen las esferas. Ahora el hombre reina donde Ellos reinaron antes; pronto Ellos reinarán donde el hombre reina ahora. Después del verano viene el invierno; después del invierno, el verano. Ellos esperan pacientes y poderosos, porque volverán a reinar aquí.

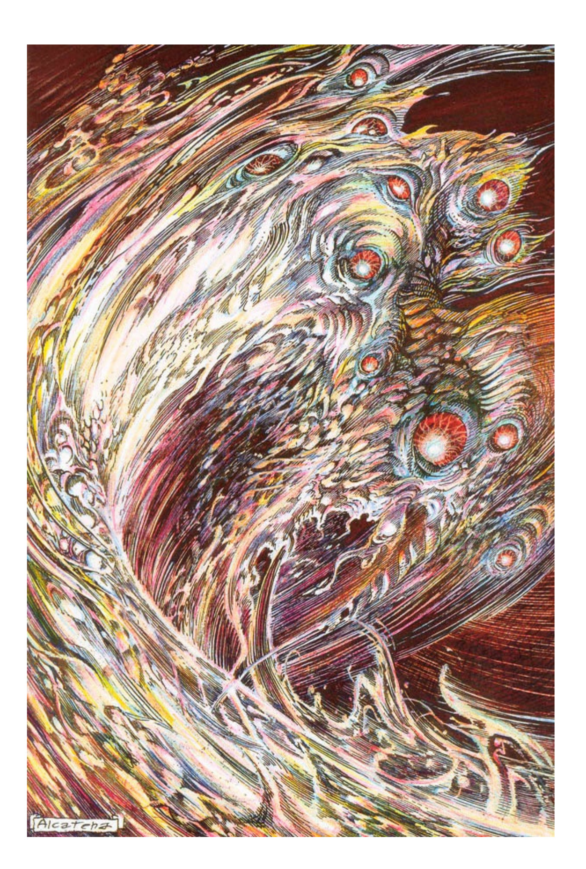
El horror de Dunwich
1928



Shoggoths

«South Station…, Washington…, Park Street…, Kendall…, Central…, Harvard…». El pobre hombre estaba recitando las estaciones familiares del túnel Boston-Cambridge que horadaba el pacífico suelo natal a miles de kilómetros de distancia en Nueva Inglaterra, aunque a mí el ritual no me parecía irrelevante ni me hacía sentir nostalgia del hogar. Sólo aportaba horror, porque conocía con absoluta certidumbre la analogía monstruosa y nefasta que lo había sugerido. Habíamos esperado ver, al volver la cabeza, una entidad terrible e increíble moviéndose, si la niebla se hubiera diluido. Pero nos habíamos hecho una idea clara de aquella entidad. Lo que en realidad vimos —porque por cierto la neblina había tenido la maldad de disiparse— fue algo del todo distinto, e inconmensurablemente más horrendo y detestable. Era la encarnación absoluta, objetiva, de esa «cosa que no debería ser» del autor de novelas fantásticas, y la analogía comprensible más cercana era un tren, inmenso y desenfrenado, como uno lo ve llegar desde el andén de una estación: la gran frente negra que surge colosal de la infinita distancia subterránea, constelada de luces de extraños colores y

llenando el hueco prodigioso como un pistón llena un cilindro.


Alcatena

Pero no estábamos sobre un andén del subterráneo. Estábamos en medio de las vías mientras aquella pesadillesca columna plástica de fétida iridiscencia negra rezumaba apretadamente hacia delante a través del túnel de más de cuatro metros de altura, cobrando una velocidad impía y proyectando ante ella una nube en espiral del pálido vapor del abismo. Era algo terrible, indescriptible, mayor que cualquier tren subterráneo, una reunión informe de burbujas protoplasmáticas, de tenue luminosidad propia, y con miríadas de ojos transitorios que se formaban y caían como pústulas de luz verdosa en todo el frente que llenaba el túnel y que se precipitaba hacia nosotros, aplastando a los pingüinos frenéticos y resbalando sobre el suelo reluciente que él y los de su especie habían dejado tan malignamente libre de toda basura. Y aún llegó aquel grito ultra-terreno, burlón: *«¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!»*, y al fin recordamos que los shoggoths demoníacos —dotados por los Grandes Antiguos de vida, pensamiento y configuraciones cambiantes de órganos, y carentes de lenguaje salvo el que expresaban los grupos de puntos— tampoco tenían voz, salvo los acentos que imitaban de sus amos desaparecidos.

En las montañas de la locura
1931


Alcatena



Nocturnos

Salidos de qué cripta se arrastran, no sabría decirlo
Pero cada noche veo a las viscosas criaturas,
Negras, cornudas y delgadas, de alas membranosas
Y colas que exhiben la púa bífida del infierno.
Llegan en legiones llevadas por el viento norte,
Con garras obscenas que excitan y arden,
Arrebatándome para emprender viajes monstruosos
Amundos grises hundidos en el pozo de las pesadillas.

Pasan rozando los picos dentados de Thok,
Ignorando los gritos que trato de emitir,
Y bajan por pozos inferiores hasta el lago inmundo
Donde chapotean henchidos shoggoths en un sueño dudoso.
¡Pero ay, ojalá hicieran algún sonido,
O llevaran cara donde cara suele haber!

Hongos de Yuggoth
1929-1930


Alcatena



Rhan-Tegoth

«¡Iä! ¡Iä! —aullaba—. Ya llego, oh, Rhan-Tegoth, ya llego con alimentos». Has esperado largo tiempo y has comido mal, pero ahora tendrás lo prometido. Eso y más, porque en vez de Orabona será alguien de alto grado que dudó de ti. Lo aplastarás y lo dejarás seco, con todas sus dudas, y te pondrás fuerte. Y a partir de entonces él será mostrado entre los hombres como un monumento a tu gloria. Rhan-Tegoth, infinito e invencible, soy tu esclavo y tu sumo sacerdote. Tienes hambre, y yo proveeré. Leí el signo y te lo he llevado de inmediato. Te alimentaré con sangre, y me alimentarás con poder.

El horror en el museo
1932


Alcatena



Grandes Antiguos

La historia completa, hasta donde fue descifrada, aparecerá más adelante en una publicación oficial de la Universidad de Miskatonic. Aquí apenas esbozaré los aspectos principales de forma algo vaga y desordenada.

Místicas o no, las esculturas relataban la llegada de esos seres con cabeza en forma de estrella y provenientes del espacio cósmico a la Tierra naciente y sin vida; así como la llegada de muchas otras entidades extraterrestres que en ocasiones emprenden exploraciones espaciales. Parecían capaces de atravesar el éter interestelar con sus enormes alas membranosas, lo que confirma las curiosas leyendas de las colinas de las que me habló hace años un colega especializado en documentos antiguos. Habían vivido mucho tiempo bajo el mar, construyendo ciudades fantásticas y combatiendo en batallas aterradoras contra adversarios sin nombre valiéndose de complejos aparatos que empleaban principios energéticos desconocidos. Es evidente que sus conocimientos científicos y mecánicos superaban en mucho los del hombre actual, aunque sólo hacían uso de sus formas más difundidas y elaboradas cuando se veían obligados a ello.

Algunas de las esculturas sugerían que habían pasado a través de una etapa de vida mecanizada en otros planetas, pero que habían desistido al descubrir que sus resultados eran emocionalmente poco satisfactorios.

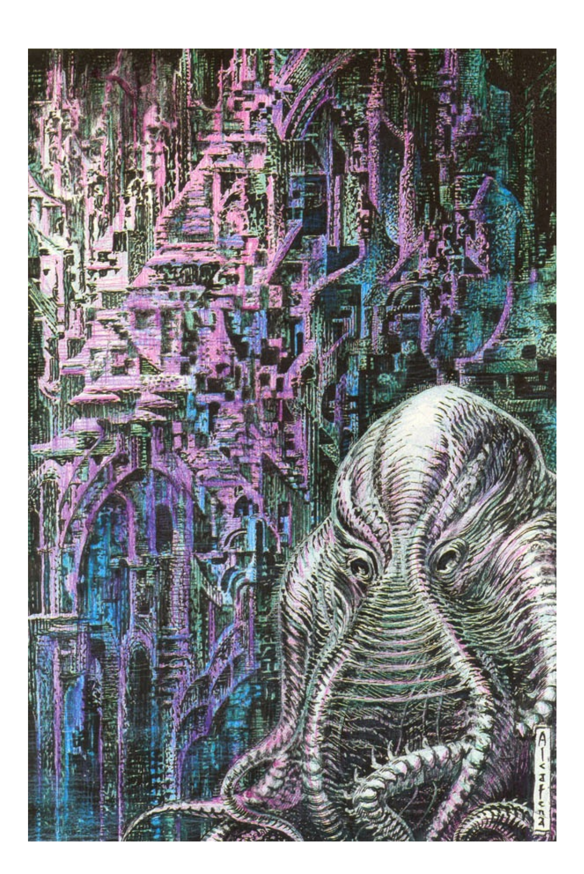
La dureza extraordinaria de su organización y la sencillez de sus necesidades básicas los hacían especialmente aptos para vivir en un plano superior sin necesidad de los productos elaborados por la manufactura artificial, e incluso sin vestimenta, salvo como protección ocasional contra los elementos.

Fue bajo el mar, al principio para alimentarse y después con otros propósitos, como crearon por primera vez vida terrestre, usando las sustancias disponibles según métodos que conocían desde hacía tiempo. Los experimentos más complejos se produjeron después de la aniquilación de diversos enemigos cósmicos. Habían hecho lo mismo en otros planetas, donde habían fabricado no sólo los alimentos necesarios, sino también ciertas masas protoplasmáticas multicelulares capaces de conformar sus tejidos en todo tipo de órganos transitorios bajo influencia hipnótica y creando de ese modo esclavos ideales para ejecutar el trabajo pesado de la comunidad. Fue sin duda a esas masas viscosas a las que Abdul Alhazred llamó en susurros «shoggoths» en su temible *Necronomicón*, aunque ni siquiera aquel árabe loco había sugerido que existieran sobre la Tierra, salvo en los sueños de quienes habían mascado cierta hierba alcaloide. Cuando los Grandes Antiguos con cabeza en forma de estrella que moraban en este planeta hubieron sintetizado sus alimentos más simples y criado una buena provisión de shoggoths, permitieron que otros grupos de células desarrollaran otras formas de vida animal y vegetal para distintos propósitos, extirpando cualquiera cuya presencia les resultara molesta.

Con la ayuda de los shoggoths, cuyas extremidades podían levantar pesos prodigiosos, las pequeñas ciudades submarinas llegaron a ser laberintos de piedra tan vastos e imponentes como los

que más tarde se alzarían en tierra firme. De hecho, los Grandes Antiguos, muy adaptables, habían vivido mucho tiempo sobre la tierra en otras regiones del universo, y es probable que conservaran muchas tradiciones de la edificación terrestre. Mientras estudiábamos la arquitectura de estas ciudades paleontológicas esculpidas, incluyendo la de aquella cuyos pasadizos muertos desde hacía eones aún entonces estábamos atravesando, nos impresionó una coincidencia curiosa que todavía hoy no hemos logrado explicar, ni siquiera a nosotros mismos. Los remates de los edificios, que en la ciudad real que nos rodeaba se habían convertido como es lógico, en ruinas informes por el paso del tiempo, se veían expuestos con claridad en los bajorrelieves, y mostraban vastos racimos de capiteles agudos como agujas, delicados pináculos sobre ápices cónicos y piramidales, e hileras de discos festoneados que coronaban respiraderos cilíndricos. Eso era exactamente lo que habíamos visto en aquel espejismo monstruoso y descomunal, proyectado por una ciudad muerta donde semejantes siluetas recortadas contra el horizonte llevaban ausentes miles y decenas de miles de años. Una quimera que se alzaba ante nuestros ojos ignorantes a través de las insondables montañas de la locura cuando nos acercamos por vez primera al infortunado campamento devastado del lago maldito.

En las montañas de la locura
1931


Alcatena



Engendros de Cthulhu

Con el surgimiento de nuevas tierras en el Pacífico Sur comenzaron tremendos acontecimientos. Algunas de las ciudades submarinas quedaron destruidas más allá de toda esperanza, aunque no fue ésa la desgracia principal. Otra raza —una raza terrestre de seres con forma de pulpo y que correspondían probablemente a los fabulosos engendros prehumanos de Cthulhu— empezó pronto a llegar desde el infinito cósmico y precipitó una guerra monstruosa que llevó durante un tiempo a los Grandes Antiguos a refugiarse otra vez en el mar; un golpe colosal, si se tienen en cuenta sus crecientes colonias construidas en tierra. Más tarde se pactó la paz, y se entregaron las tierras más recientes a los engendros de Cthulhu, mientras que los Grandes Antiguos se quedaron con el mar y las tierras más antiguas. Se fundaron nuevas ciudades terrestres, las mayores de

las cuales estaban en la Antártida, porque aquella región de la primera llegada era sagrada. Apartir de entonces, como al principio, la Antártida siguió siendo el centro de la civilización de los Grandes Antiguos, y todas las ciudades construidas allí por los engendros de Cthulhu fueron eliminadas.

En las montañas de la locura
1931


Alcatena

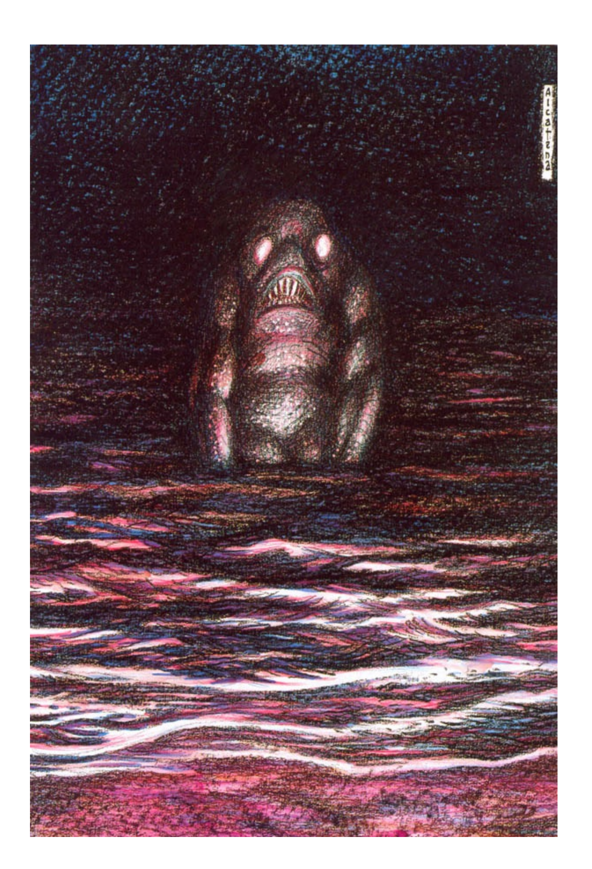


Gran Raza

Y entretanto la Gran Raza crecía hasta ser casi omnisciente, y se dedicaba a la tarea de entablar intercambios con las mentes de otros planetas, y a explorar sus pasados y futuros. Asimismo, trataba de sondear los años pasados hasta llegar al origen de aquel orbe negro, muerto hacía eones en el espacio remoto, de donde había llegado su propia herencia mental, puesto que la mente de la Gran Raza era más antigua que su forma corporal.

Los seres de un mundo más antiguo y moribundo, conocedores de los secretos definitivos, habían buscado en el futuro un mundo nuevo y otras especies donde tener larga vida, y habían enviado sus mentes en masa hacia esa raza futura más adaptada para albergarlos: las criaturas en forma de cono que poblaron nuestra Tierra hace mil millones de años. Así llegó a existir la Gran Raza, mientras miles de mentes fueron enviadas a su vez al pasado, condenadas a morir en el horror de formas extrañas. Más tarde la raza volvería a enfrentar la muerte, aunque viviría otra migración hacia adelante desde sus mejores mentes hacia otros cuerpos con una expectativa de vida física más larga ante ellos.

La sombra sobre Innsmouth
1931


Alcatena



Profundos

De pronto empecé a sentir terror al mirarlos mientras pasaban. Miré el espacio cercano de donde saldrían bañado por la luna, y tuve pensamientos extraños acerca de la contaminación irreparable de aquel espacio. Tal vez se tratara de los peores seres de Innsmouth, algo que uno no se atrevería a recordar después.

El hedor se volvió insoportable, y los ruidos crecieron hasta llegar a ser una babel bestial de graznidos, aullidos y ladridos sin el menor vestigio de habla humana. ¿Eran realmente aquéllas las voces de mis perseguidores? ¿Tenían perros, después de todo? Hasta entonces yo no había visto ninguno de los animales inferiores de Innsmouth. Aquellos golpes y tamborileos eran monstruosos; no podía mirar a las criaturas degeneradas que los producían. Mantendría los ojos cerrados hasta que el sonido decreciera hacia el oeste. Ahora la horda estaba muy cerca… El aire vibraba saturado de gruñidos roncos y el suelo se sacudía con sus pisadas de ritmo extraterrestre. Casi se me cortó el aliento, y luché con todas mis fuerzas para mantener los párpados cerrados.

La sombra sobre Innsmouth
1931


Alcatena



Hongos de Yuggoth

El folklore antiguo, aunque confuso, evasivo y en general olvidado por la generación actual, era de un carácter muy singular, y resultaba obvio que reflejaba la influencia de historias indias aun anteriores. Yo lo conocía bien, aunque nunca había estado en Vermont, a través de la muy rara monografía de Eli Davenport, que incluye material oral recogido antes de 1839 entre los habitantes más antiguos del estado. Por otra parte, este material coincidía con historias que había oído en persona en boca de viejos montañeses de New Hampshire. Brevemente resumido, sugería que una raza de seres monstruosos vivían ocultos en algún lugar de las colinas más remotas, en los bosques profundos de los picos más altos y en los valles oscuros donde corren arroyos de origen desconocido. Rara vez se llegaba a ver a estos seres, pero había testimonios acerca

de su presencia aportados por aquellos que se habían atrevido a subir más de lo normal por las pendientes de ciertas montañas o se habían adentrado en gargantas profundas, cortadas a pico, que incluso los lobos evitaban.

Había extrañas huellas de garras en el barro a la orilla de las corrientes de agua y en los terrenos desnudos, y curiosos círculos de piedra, rodeados de hierba desgastada, que no parecían haber sido del todo dispuestos o formados por la Naturaleza. Había, además, ciertas cavernas de considerable profundidad en los flancos de las colinas, con las bocas cerradas por rocas de un modo que difícilmente se podía considerar accidental, y con una proporción más que considerable de aquellas extrañas pisadas, tanto de ida como de vuelta… si es que la dirección de esas huellas podía calcularse con certeza. Y lo peor de todo eran los seres que la gente aventurada había podido ver muy de vez en cuando en el crepúsculo de los valles más remotos y en los densos bosques perpendiculares que estaban por encima de los límites normales de ascensión.

Todo habría sido menos inquietante si las descripciones dispersas de esos seres no hubieran concordado tan bien. Casi todos los rumores tenían varios elementos en común. Aseguraban que las criaturas eran una especie de enormes cangrejos rosados con varios pares de patas y con dos grandes alas membranosas en medio de la espalda. Aveces caminaban sobre todas las patas, y a veces sólo sobre el par trasero, utilizando los demás para transportar objetos de naturaleza indeterminada. En una ocasión, alguien los había visto en cantidades considerables, todo un destacamento de a tres en fondo que vadeaba las aguas poco profundas de un arroyo en una formación evidentemente disciplinada. Otra vez vieron un espécimen que volaba, se había lanzado en medio de la noche desde la cima de una colina solitaria y había desaparecido en el cielo después de que sus grandes alas batientes se recortaran por un instante contra la luna llena.

El que susurra en la oscuridad
1930



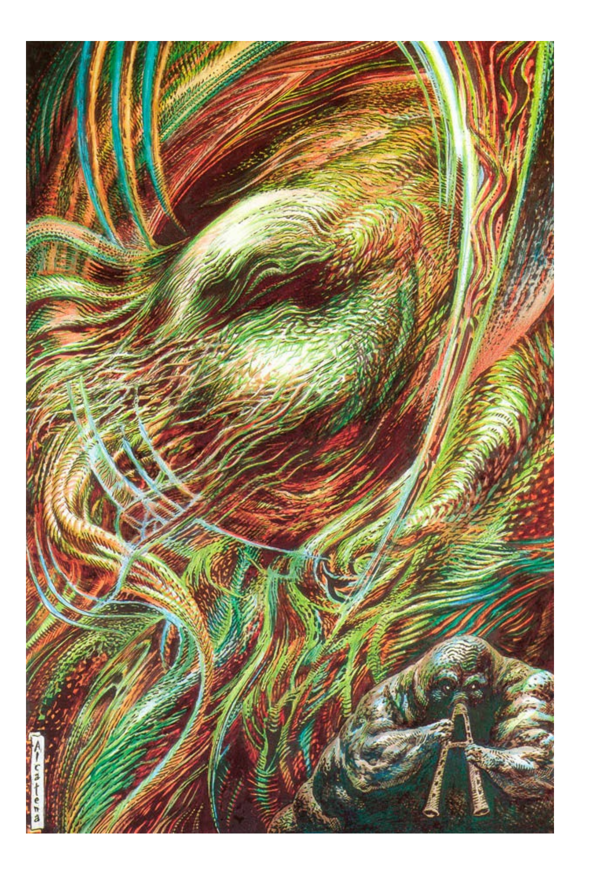
Nyarlathotep

Y al fin llegó desde el interior de Egipto
El extraño Oscuro ante el que se inclinaban los fellás;
Silencioso y delgado y crípticamente orgulloso,
Y envuelto en telas rojas como las llamas del ocaso.
Las masas se apretujaban alrededor, ansiosas de órdenes,
Pero al partir no podían repetir lo que habían oído;
Mientras, a través de las naciones iba la temible noticia
De que las bestias salvajes lo seguían y lamían sus manos.

Pronto en el mar comenzó un nacimiento nocivo;
Tierras olvidadas con agujas de oro llenas de hierbas;
El suelo se abrió, y rodaron auroras enloquecidas
Que caían sobre las ciudadelas graznantes del hombre.
Después, aplastando lo que había moldeado jugando,
El Caos idiota barrió el polvo de la Tierra.

Hongos de Yuggoth
1929-1930


Alcatena


Alcatena



Azathoth

El demonio me transportó por un vacío insensato,
Más allá de las brillantes constelaciones del espacio,
Hasta que ni tiempo ni materia se extendieron ante mí,
Sino sólo el Caos, sin forma ni lugar.
Aquí el vasto Señor de Todo murmuraba en la oscuridad
Cosas que había soñado pero no podía comprender,
Mientras, junto a él, murciélagos informes revoloteaban
En vórtices idiotas arrullados por rayos de luz.

Bailaron insanamente al agudo son gimiente y penetrante
De una flauta resquebrajada aferrada por una garra monstruosa,
De donde fluyen oleadas insensatas que se mezclan al azar,
Y le dan a cada frágil cosmos su ley eterna.
«Soy Su Mensajero», dijo el demonio,
Mientras golpeaba con desdén la cabeza de su Amo.

Hongos de Yuggoth
1929-1930


Alcatena



Shub-Niggurath

Que se canten sus alabanzas,
y que se recuerde la abundancia
al Chivo Negro de los Bosques,
¡Iä! ¡Shub-Niggurath!
¡El Chivo de Mil Descendientes!

El que susurra en la oscuridad
1930


Alcatena



Bestias Lunares

Alrededor de un fuego horrendo alimentado por los tallos repugnantes de los hongos lunares se sentaba un círculo hediondo de bestias lunares y sus esclavos casi humanos. Algunos de estos esclavos calentaban unas extrañas lanzas en las llamas danzantes, y aplicaban a intervalos sus puntas al rojo vivo a tres prisioneros muy bien amarrados que se retorcían de dolor ante los jefes del grupo. Ajuzgar por los movimientos de sus tentáculos, Carter pudo deducir que las bestias lunares de hocico chato estaban disfrutando enormemente con el espectáculo, y su horror fue inmenso cuando, de pronto, reconoció los alaridos frenéticos y supo que aquellos demonios necrófagos torturados no eran otros que los tres fieles camaradas que lo habían guiado para salir sano y salvo del abismo, los que después habían salido del bosque encantado para buscar Sarkomandia y la puerta de regreso a sus profundidades natales.

La cantidad de bestias lunares malolientes que rodeaba aquel fuego verdoso era enorme, y Carter supo que de momento no podía hacer nada para salvar a sus antiguos colegas.

En busca de la ciudad del sol poniente
1926 – 1927


Alcatena



Pólipos

Los miembros de la Gran Raza nunca se referían intencionalmente al asunto, y lo que podía percibirse provenía sólo de algunas de las mentes cautivas más observadoras y agudas.

Según esos fragmentos de información, la base del temor era una horrible raza más antigua de entidades extraterrestres parecidas a pólipos que habían llegado a través del espacio desde universos inconmensurablemente lejanos, y que habían dominado la Tierra y otros tres planetas solares hace unos seiscientos millones de años. Eran sólo parcialmente materiales —tal como entendemos nosotros la materia—, y su tipo de conciencia y sus medios de percepción diferían mucho de los que tienen los organismos terrestres. Por ejemplo, carecían del sentido de la vista, por lo que su mundo mental era una extraña matriz no visual de impresiones.

Sin embargo, eran lo bastante concretos como para utilizar objetos de materia normal cuando estaban en regiones cósmicas que los contenían, y requerían alojamientos, pero de un tipo peculiar. Aunque sus sentidos podían penetrar todas las barreras materiales, no ocurría

lo mismo con su sustancia, y ciertas formas de energía eléctrica podían destruirlos por completo. Tenían el poder de desplazarse por el aire, a pesar de la ausencia de alas o de cualquier otro modo visible de vuelo. Sus mentes tenían una textura tal que la Gran Raza no había podido establecer ningún contacto con ellas.

Cuando estas entidades habían llegado a la Tierra habían construido poderosas ciudades basálticas de torres sin ventanas, y habían sometido a una horrible prisión a los seres que encontraron. Fue entonces cuando las mentes de la Gran Raza aceleraron a través del vacío desde aquel mundo oscuro, transgaláctico, conocido en los perturbadores y discutibles *Fragmentos de Eltdown* como Yith.

Alos recién llegados, con los instrumentos que crearon, les había resultado fácil sojuzgar a las entidades depredadoras y obligarlas a bajar a las cavernas subterráneas con las que ya se comunicaban desde sus habitáculos y en las que habían empezado a vivir.

La sombra más allá del tiempo
1934-1935

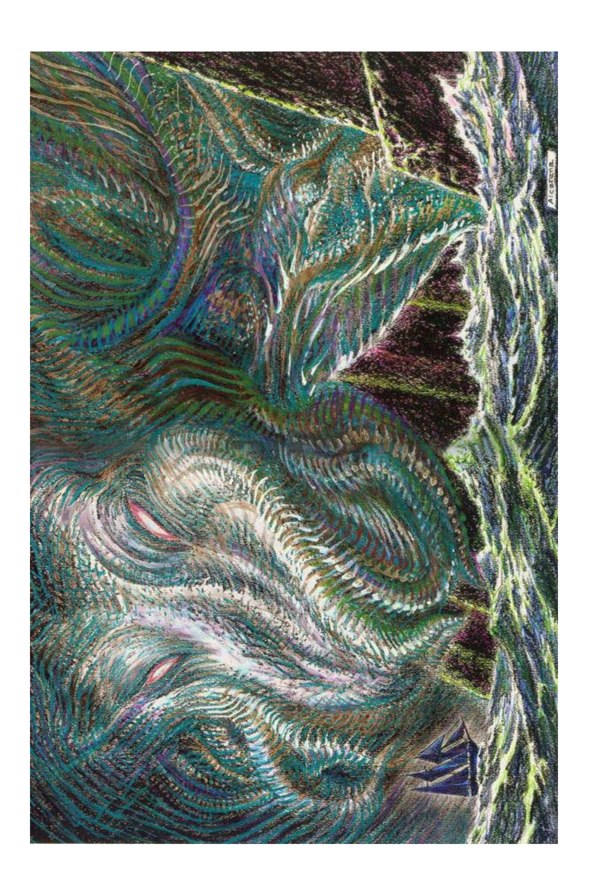


Cthulhu

La letra manuscrita del pobre Johansen casi se quebró cuando escribió esto. De los seis hombres que nunca llegaron al barco, cree que dos murieron de puro miedo en aquel maldito instante. La Cosa no podía ser descrita: no existen palabras para describir semejantes abismos de estridente e inmemorial locura, ni semejantes contradicciones pavorosas de todas las leyes de la materia, la fuerza y el orden cósmico. Una montaña que camina o tropieza. ¡Por Dios! ¿Es de extrañar que al otro lado de la Tierra un famoso arquitecto se volviera loco, y que el pobre Wilcox delirara de fiebre en aquel instante telepático? La Cosa de los ídolos, el engendro verde y pegajoso llegado de las estrellas, había despertado para reclamar lo que era suyo. Las estrellas estaban en la posición correcta otra vez, y lo que un culto antiguo no había logrado por voluntad propia, un puñado de marineros inocentes lo había hecho por accidente. Después de incontables millones de años, el gran Cthulhu estaba suelto una vez más, y deliraba de placer.

Tres hombres fueron barridos por aquellas garras flácidas antes de que nadie se diera la vuelta. Eran Donovan, Guerrera y Angstrom.

Parker resbaló mientras los otros tres se precipitaban frenéticos sobre paisajes interminables de rocas verdosas tratando de alcanzar el bote, y Johansen jura que fue tragado hacia arriba por un ángulo de manipostería que no debía estar allí, un ángulo agudo, pero que se comportó como si fuera obtuso. Así pues, sólo Briden y Johansen llegaron al bote, y remaron desesperados hacia el *Alert* mientras la montañosa monstruosidad descendía dando golpes por las piedras resbaladizas y se detenía, vacilante, ante el borde del agua.



El vapor de las calderas no se había consumido del todo, a pesar de la partida de todos los tripulantes hacia la playa; bastaron unos segundos de carreras frenéticas entre ruedas y motores para hacer que el *Alert* se pusiera en marcha de nuevo. Lentamente, entre los horrores distorsionados de aquella escena indescriptible, la hélice empezó a golpear las aguas letales, mientras en el osario que era la costa, sobre las construcciones que no eran de este mundo, la Cosa titánica venida de las estrellas babeaba y gemía como Polifemo maldiciendo la nave en fuga de Odiseo. Después, más audaz que los cíclopes de la leyenda, el gran Cthulhu se deslizó grasiento en el agua y dio comienzo a la persecución con unos golpes que alzaron olas de potencia cósmica. Briden miró hacia atrás y se volvió loco. Emitía una risa aguda que se repetía a intervalos, hasta que la muerte lo alcanzó una noche en la cabina mientras Johansen vagaba delirando de un lado a otro.

Pero Johansen aún no se había dado por vencido. Sabiendo que la Cosa alcanzaría al *Alert* antes de que la presión del vapor llegara al máximo, decidió intentar algo desesperado, y, acelerando los motores al extremo, subió con la velocidad de un rayo a cubierta y giró por completo el timón. Se formó un remolino espumoso sobre las aguas hediondas, y mientras aumentaba cada vez más la presión del vapor, el valiente noruego enfiló su navío contra la gelatina perseguidora que se alzaba sobre la espuma mugrienta como la popa de un galeón demoníaco. La horrenda cabeza de calamar que se retorcía armada de tentáculos llegaba casi a la punta del bauprés del macizo navío, pero Johansen siguió su marcha implacable. Se produjo entonces un estallido como el de una vejiga que revienta, un líquido asqueroso como el de un pez luna rajado, un hedor como de mil tumbas abiertas, y un sonido que el cronista no se atrevió a dejar registrado por escrito. Por un instante el barco quedó envuelto en una nube verde acre y cegadora, y después sólo quedó un intenso burbujeo venenoso a popa, donde —¡Dios del cielo!— la materia plástica esparcida de aquel

engendro celeste innombrable se estaba *recombinando* para volver a su odiosa forma original, mientras la distancia aumentaba a cada segundo a medida que el *Alert* ganaba velocidad.

Eso fue todo. Después, Johansen se limitó a meditar sombríamente sobre el ídolo de la cabina y se dedicó a preparar unas pocas comidas para él y el maníaco que reía a su lado. No trató de dirigir la nave tras aquel audaz impulso inicial, porque la reacción le había quitado parte del alma. Después llegó la tormenta del 2 de abril, y la conciencia se le terminó de nublar. Persiste una sensación de giros espectrales a través de abismos líquidos de infinitud, de deslizamientos vertiginosos a través de universos tambaleantes sobre la cola de un cometa, y de zambullidas histéricas desde el abismo a la luna y desde la luna de vuelta al abismo, todo animado por un coro riente de distorsionados e hilarantes dioses antiguos y demonios verdes del Tártaro con alas de murciélago.

La llamada de Cthulhu
1932

«La emoción más antigua y más intensa de la humanidad es el miedo, y el más antiguo y más intenso de los miedos es el miedo a lo desconocido».

El horror sobrenatural en la literatura
H. P. L.



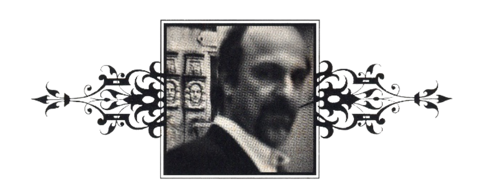
HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT (Providence, EE. UU., 1890 - ibídem, 1937). Desconocido en vida fuera de un reducido círculo de amigos, Howard Phillips Lovecraft está hoy considerado uno de los más prestigiosos autores de relatos y novelas de terror sobrenatural del siglo XX.

Solitario niño prodigio y apasionado por la biblioteca gótica de su abuelo, escribe sus primeros cuentos a la edad de siete años. Acausa de su frágil salud, abandona tempranamente la escuela y continúa los estudios de manera autodidacta. En 1906, su talento y afición a la astronomía lo convierten en colaborador de periódicos locales. Sin embargo, problemas afectivos y económicos lo sumergen en un prolongado período de ostracismo que sólo supera gracias a su incursión en el mundo de la prensa *amateur*, donde publica la mayor parte de su obra. En 1924 se casa con Sonia Greene, siete años mayor que él, y se muda a Brooklyn. Después de dos años, su matrimonio entra en crisis y, tras el divorcio, regresa a Providence.

Dedicado a un género literario de escasa popularidad, y desprovisto de fortuna familiar, debe alternar la escritura con las tareas de corrector de estilo y *ghostwriter*. La última década de su vida es prolífica en relatos en los que seres mitológicos de planetas lejanos y eras pasadas manifiestan designios siniestros y constituyen una amenaza para el hombre. *La llamada de Cthulhu* (1926), *El horror en Dunwich*

(1928), *En las montañas de la locura* (1931) y *La sombra sobre Innsmouth* (1931) destacan dentro de una obra tan vasta como extraordinaria.

Enfermo de cáncer, muere a la edad de 47 años, sin haber alcanzado la fama ni el reconocimiento de la crítica especializada.



ENRIQUE ALCATENA (Buenos Aires, Argentina, 1957). Profesor de literatura inglesa y norteamericana, y dibujante autodidacta, Alcatena comienza a dedicarse profesionalmente a la historieta y la ilustración en 1975. Ha colaborado con las editoriales Bastei (Alemania); DC, Marvel y Dark Horse (EE. UU.); Albin Michel (Francia); DC Thomson y Fleetway (Inglaterra), y Eura (Italia), entre otras.

El universo gráfico de Alcatena, tiene raíces en las estampas japonesas del Ukiyo-e, las miniaturas persas, los grandes ilustradores de principios de siglo XX, como Nielsen, Rackham, Clarke y Sime, así como los dibujantes de superhéroes Kirby, Infantino, Craig Russell y Windsor Smith.

Influido de niño por la mitología griega, descubre otros universos de leyenda, otros mitos: los ciclos infinitos de la India, las laberínticas cosmogonías de Egipto y las sagas nórdicas. Más tarde conoce a los grandes escritores del género fantástico: Lord Dunsany, Jorge Luis Borges y Clark Ashton Smith, los grotescos dickensianos de Peake, los finos e irónicos *tours de force* de Vance y los folletines de Moorcock y Howard. Y, por supuesto, a H. P. Lovecraft, quien es fuente inagotable de inspiración en su carrera de artista.

Actualmente, reside y trabaja en Buenos Aires.



